XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario, 2014.

Confesiones de mujeres. El abordaje de la antropología en contextos problemáticos.

Arrueta, Patricia Marisel.

Cita:

Arrueta, Patricia Marisel (2014). *Confesiones de mujeres. El abordaje de la antropología en contextos problemáticos. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-081/1419

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

XI Congreso Argentino de Antropología Social
Rosario, 23 al 26 de Julio de 2014

GRUPO DE TRABAJO Nº 67-

TRABAJO DE CAMPO ANTROPOLOGICO: DESNATURALIZACION DE SUPUESTOS, PRODUCCION DE CONOCIMIENTO Y MODOS COLECTIVOS DE TRABAJO

TÍTULO DE TRABAJO

Confesiones de mujeres. El abordaje de la antropología en contextos problemáticos.

[1]

Marisel Arrueta
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales- UNJu /CONICET

Confesiones de mujeres. El abordaje de la antropología en contextos problemáticos.

Marisel Arrueta

Introducción

En tono de confidencias, el relato de un grupo de mujeres me trasladan a un plano epistemológicamente controversial de la práctica antropológica, cuando de ellos emergen profundas confesiones de desigualdad y exclusión social que sensibilizan mi subjetividad como investigadora, ante el pedido de intervención inmediata a sus problemas "reales".

No me refiero, ni desconociendo las vicisitudes de todo trabajo de campo, el modo en que los actores a través de sus palabras, gestos y emociones definen sus historias de vidas, sino de las limitaciones que el conocimiento objetivo concede a la práctica, disociándola del contexto cotidiano, con interpretaciones a través de métodos y técnicas circunscriptos al diseño de entrevistas parciales o encuestas fragmentarias, esporádicas salidas de campo con registro en diarios recreando las experiencias vividas con el objeto, y observaciones sin participación e interacción.

Procedimientos metodológicos que recaen en someros análisis academicistas, apartando las condiciones inmediatas que visibilizan el objeto, en palabras de Bourdieu P. (2008: 68) sería el *sesgo intelectualista* que nos induce a construir el mundo como un *espectáculo*, como un conjunto de significaciones a ser interpretadas en lugar de un haz de problemas concretos de resolución práctica.

Esta discusión tan asentada en los estudios sociales del presente, me llevan a repensar desde el caso etnográfico, la cuestión epistemológica que sitúa al investigador en una disyuntiva entre la implicación en la práctica, o la producción del conocimiento objetivo que al hacerlo descuida los fundamentos concretos de los problemas que la gente transmite en la práctica.

Dilema que se presenta, por ejemplo, con el acontecer de casos vulnerables durante la situación de trabajo etnográfico y que involucran al investigador social en la resolución de sus dificultades.

Por esta razón el presente artículo parte de las confesiones de las necesidades de vida que padecen, particularmente las mujeres y surgidas en un contexto de indagación antropológica, y transmitida de forma encubierta durante el trabajo de campo.

Hechos que constituyen un disparador para reflexionar el rol que se ocupa como investigadores en la sociedad y en la comunidad científica, (re) pensar la posición del investigador en el acto de observación que antepone una distancia *ficticia* con el objeto (Althabe Gerard 1999: 15), y la participación, en calidad de implicación, en los asuntos que requieren la puesta en acción del investigador.

Entonces, ¿cómo abordar antropológicamente confesiones problemáticas?.

Si pensar de manera articulada posibles soluciones se trata, considero que:

Primero necesitamos estar dispuestos a abandonar supuestos cognitivos clásicos de una antropología de y para lo lejano que incurren en posicionamientos ortodoxos de la práctica, lo que implica romper con los dispositivos epistemológicos -modelos, categorías, conceptos, poblaciones u objetos recortados- clásicos en la disciplina y pensado para sociedades alejadas, e inclinarnos a nuevas posturas de alcance a los problemas presentes de la sociedad donde vivimos.

Segundo someternos al análisis crítico mutuo y en interrelación contante con la gente; y por último estar dispuestos a involucrarnos entrañablemente en el ejercicio de construir una ciencia como un conjunto de agentes comprometidos en el campo, para no convertirnos en nuevos cómplices de la exclusión social.

Al plantear estos tres aspectos, recíprocamente dependientes el uno del otro, hacemos explícita la reflexividad de nuestros actos investigativos, ejercicio que todo intelectual debe asumir antes de generar preguntas y profundizar en el análisis; como de la implicación del antropólogo en los hechos cotidianos, para producir conocimiento capaz de aportar al quehacer científico y en gran medida fuera de él.

Salidas de campo, relatos y confesiones.

El trabajo de campo etnográfico como procedimiento metodológico no solo es significativo en la recolección de información abocada al análisis del problema de investigación; plausible de alcanzar a través de objetivos predefinidos y desde intereses teóricos-conceptuales con delimitación previa del espacio de indagación. Sino como técnica reflexiva equivalente a la conciencia del investigador sobre su persona y los condicionamientos sociales y políticos. (Guber, R 2001:44)

Pese a seguir los procedimientos etnográficos preestablecidos, rescatando la diversidad en cada salida de campo, el universo social de mi estudio requería de una mayor profundización, no solo en procedimientos de análisis empírico, sino del involucramiento de quién investiga.

Vayamos directamente al caso concreto.

La entrada a las fincas tabacaleras representó la aproximación al mundo del trabajo agrario, un espacio social definido desde la posición que cada sujeto ocupa en el territorio.

Mi tarea consistía en describir las formas en que los hombres/mujeres organizaban sus roles en el proceso de trabajo y construían sus espacios de reproducción de vida en relación al tabaco: los hombres en sus labores de cosecha y estufado, las mujeres en su rol de madres, esposas y trabajadoras. Cada trabajo en la finca demandaba el conocimiento mecánico de la técnica y como los cuerpos se ajustaban a ellas. Investigación que versaba el análisis de las formas de organización y ocupación de los espacios en torno a las agroindustria tabacalera[1].

[1] En Jujuy haber trabajado en *la cosecha de tabaco* resulta ser un hecho habitual entre sus habitantes, pues el tabaco como agroindustria junto con la azúcar constituyen dos de las empresas más importantes sostén de la economía de la provincia y que mayor mano de obra demanda en su producción.

En mi investigación doctoral actual -inserta en la temática "Economía agrícola y desarrollo" que indaga de modo general las condiciones laborales y proceso de organización social en la industria tabacalera de la Provincia de Jujuy-, esas "experiencias de trabajo" representaban conclusiones empíricas de un marco teórico–conceptual; y terminan siendo el sentido y significado que los sujetos sociales le otorgan al investigador.

Mi rol en el campo local estaba dispuesto a acompañar la trayectoria de sus tareas, observar y aprender la destreza de sus oficios, conocer la percepción de sus prácticas; a medida que entrelazaba conceptualmente con el análisis de las relaciones sociales encontradas en el contexto, lo que suponía la puesta en práctica de los métodos etnográficos.

En cierto modo el "involucramiento" en las tareas rurales permitía una lectura de sus cotidianidades, atravesadas por una estructura cimentada en la desigualdad social, la precariedad laboral, el prejuicio y la exclusión social. Pero lo que no estaba previsto en el proceso de estudio eran las condiciones con que el juego etnográfico se manifestaría.

Pues, las confidencias encubiertas en fragmentos de entrevistas no eran más que mensajes sometidos al relato etnográfico, tan significativos en las historias de las trabajadoras; un juego de palabras y gestos que necesitaban jugadas.

La comunicación fluida, ¿por una estadía prolongada en el campo?, habilitaba la "confianza" pretendida para iniciar el juego interpretativo, todavía cuando este se volvía hasta incomodo de efectuar ya que no nos encontrábamos solas, "merodeaban" terceros – los peones, niños, los administradores- en el intento de adentrarse y percibir el juego. A partir de allí las palabras disminuían en voz, murmuraban, silenciaban.

Las confesiones transcurrían mientras "ellos" no estaban cerca. Cada mujer encubría un "secreto", temible por lo que podría suceder, pero la complicidad de nuestros diálogos en escena rompía la barrera que encerraban sus voces y habilitaba el sentido práctico de nuestros actos.

Por más que en el barrio todos estaban al tanto de lo que allí sucedía no dejaba de ser un "secreto":

> *…Todos escuchan y nadie se mete. No quiero que me despidan. Si me voy no tengo a donde ir. Me da miedo por mi hijita. Me tratan de loca, a nadie le importa. Si los encargados ven todo y no hacen nada. No sé qué hacer ya, necesito tu ayuda…*

Unas de las tantas exclamaciones con que éstas mujeres describían la impunidad que las rodeaba, expuestas al sometimiento en el trabajo y violencia en sus cuerpos, lo que las

volvía más vulnerables e indiferente al resto, sumado el desconocimiento de sus derechos y la resignación al miedo, denotaban el olvido en sus miradas: [2]

Te voy a confesar algo tengo mucho miedo y por mis hijos mucho, así me da, todas corremos peligro acá pero nadie hace nada y lo saben, yo ya pase por esto y se lo que se siente…

A mí lo que no me gusta es la violencia, a nadie, con toda la historia de acá que yo vi, pero digo ¿porque tengo que tener miedo a una persona si es igual que nosotros?. Acá yo te cuento con tres mujeres, eso ya paso pero te cuento que me puse mal con lo que me hicieron en el trabajo aparte de faltarme el respeto…por ser una paisana.

Si le digo al patrón se va a sentir mal porque es su finca, no no no ahí está el encargado, yo no creo que él se interponga, es difícil él está alto y nosotros estamos abajo, solo que no lo puedo parar, y por ahí es que yo le hago sentir mal…

Yo escucho, veo y sé que le pegan a mi amiga y tiene una nena de 14 años, ¿qué tengo que hacer?, yo te cuento ese ratito en que no estaba su marido yo la hable a las dos, primero a la mujer y me dijo que la estaba ayudando en el jueguito para que no piensen que la gente de acá al cuento chiquito lo hace grande, ves le decía ¿vos estas bien, estas tranquila? Si decía ella, por fuera sos fuerte le decía, tenés la carita de ser fuerte pero por dentro sos débil le dije, ella tiene miedo, yo veo que tiene miedo.

[2] Relatos de marginalidad que tal vez nunca lleguen a ser escuchados por cuestiones históricas de complicidad con el patrón, o la naturalización del poder de lo masculino entre las relación de los trabajadores/as, sumado la ausencia física del Estado en lugares donde se desconoce por completo la justicia social.

Yo le hable de su hija donde más le duele, sabes que a mí me dolió ver a mi mamá y papá que me pegaban, lo que yo quiero que digas vos la verdad porque yo te voy a ayudar en llamar a esas personas que hay que llamar…me pidió ayuda ahí quiero encontrar ese lugar para ayudar.

Yo al hombre, cuando te digo la verdad yo le vi que le pegaba la maltrataba y nadie le decía nada, sabes lo que yo hice le hable al hombre desde el momento que se metió con la nena y se metió conmigo, que la mujer lo arregle, ella es grande pero la nena no, tu hija tiene 14 años y no es tu hija, la nena corre riesgos más que todos, ¿entendes?
Yo le pregunte ¿vos lo amas a tu marido? Hay bocas que hablan y no lo hacen…

Como entendes esto, esto y esto (gesto de manos tocando el cuerpo) que significa, ¿jugar?, así hace él con los chicos y me dice que están jugando.

Mi entrada a los barrios finqueros significó para alguna de ellas una *esperanza* de asistencia a sus problemas; desde la ventaja que alguien de afuera de credibilidad del infierno que diariamente padecen, o tal vez la complicidad que me interpelaba por sentirme cada vez más incluida en sus cotidianidades. Estas inesperadas narraciones me han hecho vivir la experiencia de la diferencia cargada de olvidos, y a través de una particularidad sugerente, estar allí presente en cada instancia de sus vidas.

Resulta, sin duda, difícil alcanzar un enfoque pertinente y en la misma profundidad describirlas como meras experiencias de campo de un mundo social tan sensible a la condición humana; más aún cuando el límite de la palabra o el relato sobrepasan el marco epistemológico con el que el investigador asume su práctica, y los intercambios comunicacionales cotidianos terminan destruyendo toda categoría teórica inicial al desarticular la forma de producir conocimiento.

Pero vale rescatar como este abordaje epistemológico a la vez que emocional me conectó de manera indisoluble con otros modos de percibir y vivir la realidad de los sujetos; lo que

posibilitó un cambio y apertura hacia nuevas perspectivas de investigación, la eliminación de la distancia con el objeto que se investiga y la propuesta firme a la reflexividad e implicación en la práctica antropológica.

De la experiencia del investigador a la reflexividad de la práctica

¿Cuál es el protagonismo que los sujetos en el campo nos otorgan a los científicos sociales?. ¿Qué alcance tiene nuestro rol en la observación de la realidad?. ¿Seguir redefiniendo categorías como marginalidad, pobreza, violencia de género, sin el aporte a la erradicación de esas construcciones?. ¿Nos resulta válido negociar la palabra, el relato, la entrevista, por el silencio y la complicidad?. ¿Son confesiones o problemas concretos?. ¿Somos protagonistas de esas confidencias, o creamos un espectáculo de esas confidencias?. ¿Cuál es el límite en nuestra práctica empírica, la subjetividad?.

En ese orden surgían las preguntas a medida que la percepción de los sujetos sobrepasaban el marco predefinido en mi investigación, y donde la conceptualización de las experiencias de vida no merecía ni la más tarda explicación, el dialogo acompañado de gestos solo habilitaba el silencio y la reflexión en el proceder etnográfico.

Sobre el caso, poco después, me resultó necesario poner en ejercicio la propia reflexividad, sobre todo cuando me vi subsumida en un contexto político y socialmente penetrado por la vulneración a los derechos humanos.

¿Hasta dónde los antropólogos nos involucramos con los problemas que circundan a nuestro objeto de conocimiento? .

La auto respuesta me situaba en un desafío, eliminar con toda prenoción del objeto, pero que el intento de sistematizarlo reaparecía nuevamente el lado objetivo hasta ortodoxo del antropólogo.

Entonces ¿cómo superar los dilemas de la objetividad?.

Desde hace unas décadas la antropología es consciente del lugar que ocupa en la sociedad actual, subordinada a los procesos de descolonización que la llevan a enfocar el objeto en contextos cada vez más amplios, no limitados ya a la pequeña comunidad o minorías

étnicas, etc. En concreto, somos conscientes de la crisis del campo del objeto tradicional de la antropología.

Los interrogantes nacidos en el seno de mi "experiencias etnográfica" me inclinaron a la búsqueda de una lectura académica sobre las formas de pensar y hacer antropología hoy. En sentido preciso pone en ejercicio la actitud reflexiva ante la construcción o delimitación del objeto de investigación. [3]

Para aquellos/as que han explorado estas cuestiones y desde un perspectiva más amplia -Pierre Bourdieu y Loic Wacquant (2008), Pierre Bourdieu (2001), Althabe Gérard y Hernández Valeria (2005), Rosana Guber (2001) entre otros-, este efecto de reflexividad que recae en la experiencia vivida con el objeto, autocrítica y *logocéntrica* dominada por un discurso *postmodern* son análisis subjetivos que sitúan al observador individual en el acto de observación, y del que la antropología debe desligarse. Al igual que seguir considerando a los sujetos como habitantes de un universo social extraño, es seguir legitimando una antropología de lo lejano, Althabe Gérard (1999: 16). Para los autores transformar esas formas de producir conocimiento simbolizaría conquistar una batalla de décadas de subordinación a la antropología de lo lejano.

Según Althabe Gerard (Ibidem: 15), en el proceder empírico resulta necesario habilitar el *método comunicacional* entre las partes -objeto y el investigador como el productor de conocimiento- y legitimar las relaciones sociales que entran en juego, relaciones que no son más que lo cotidiano de las situaciones locales, un juego de *pertenencia / distanciamiento*. Método que proporciona un replanteamiento del papel y lugar del antropólogo en situaciones donde la alteridad social o cultural no es tan marcada.

[3] Como primera objeción reflexiva fue ahondar en mi práctica etnográfica las contestaciones a los problemas suscitados en el mundo social de los otros. Sin embargo, enfrentarme a las contradicciones inminentes de nuestras estructuras de formación académica no resultó del todo fácil, mucho menos cuando la reflexividad del objeto de conocimiento se vinculaba con los problemas afín a otras disciplinas sociales, lo que me obligó a delimitar aún más el objeto para que prevalezca la especificidad del enfoque antropológico.

Este enfoque coinciden con las de Pierre Bourdieu al (re)plantear un pensamiento crítico o reformista de los problemas y la metodología de investigación como de la reflexión teórica sobre nuestras propias prácticas como científicos, un análisis que transcurre en la dialógica y crítica mutua en la intersección del trabajo de campo, dejando metódicamente de lado el autoanálisis.

Lo que aquí intento entender por reflexividad y en los términos Bourdianos no se vincula exactamente al escepticismo interpretativo o la reflexividad textual y discursiva tan encarnada en las prácticas de los antropólogos (el extrañamiento, el diario de campo, la empatía) más bien someter al análisis crítico la posición del observador del mismo modo que se somete el objeto construido que se tiene entre manos.

En palabras de Rosana Guber, (2001:43)

> *La reflexividad en el campo antropológico señala la íntima relación entre la comprensión y la expresión de dicha compresión. El relato es el soporte y el vehículo de esta intimidad. Por eso, la reflexividad supone que las actividades realizadas para producir y manejar las situaciones de la vida cotidiana son idénticas a los procedimientos empleados para describir esas situaciones. De este modo, los sujetos producen la racionalidad de sus acciones y transforman a la vida social en una realidad coherente y comprensible.*

Pensar la reflexividad como *un campo científico social* de entrenamiento, diálogo y evaluaciones críticas (Bourdieu. P) o como *interacción comunicativa* (Althabe. G) entre los agentes y el investigador, no es más que *la implicación* en la situación de campo que los agentes bajo estudio imponen al investigador (Hidalgo C, 2006). La reflexión, y la implicación- como un requisito y forma de trabajo sociológico, y no sobre las formas de trabajo. (Ibidem)

Pero desde la intención de comprender la lógica de mis prácticas desde el solo juego de la reflexión, he descuidado sustancialmente el sentido de pertenencia que me demanda como

sujeto de conocimiento, y del que las trabajadoras pretenden involucrarme desde una acontecimiento concreto, las confesiones de vida.

A continuación analizo mi situación de implicación en el campo social de interacción, y las razones que han suscitado mi intervención como agente de acción en la vida social de los sujetos.

La implicación en mi situación de campo

Son muchos los antropólogos que piensan que el rol de la antropología como ciencia social debe recaer, únicamente, en el estudio de sociedades distantes rescatando sobre los métodos y prácticas, el exotismo del objeto de estudio que preserven la legitimidad del conocimiento.

Dando por descartada esta forma de hacer antropología, otros tantos reconocen que la aplicabilidad de la antropología a los problemas del presente debe reducirse solo a la detección y al análisis del objeto en cuestión, destinando las soluciones a organizaciones e intuiciones afines, ajenas a la ejecución del científico.

Pero los abocados de lleno en la toma de decisión para el desarrollo de su actuación en el territorio, los que consideran que la objetividad constituye una fachada en las ciencias sociales, son los dispuestos, en sentido colectivo, a proporcionar soluciones prácticas a los problemas más urgentes del objeto, primando la reflexividad en las acciones.

Posicionándome en estos últimos es que haré una comprensión de mis actos.

- **Involucrarse o no, ¿esa es la cuestión?.**

Las circunstancias determinadas en mi situación de trabajo de campo, me situaron en la reflexión de las interpretaciones ante los hechos acontecidos en la práctica.

Primero por las condiciones impuestas de antemano en el ingreso a las fincas tabacaleras, que consistían en resguardar la información obtenida, en anonimato, durante mi estadía en

los predios, para que no alterasen el normal funcionamiento de los trabajadores durante el desempeño de sus tareas.

El acceso a los espacios de trabajo fue acordado luego de haber hecho visible los propósitos de mi investigación a los encargados generales, con consentimiento del patrón, sobre mi rol y presencia en la finca.

El compromiso acordado estaba en respectar al pie de la letra los intereses negociados en el diálogo de presentación de mi persona y en el desenlace técnico de mi trabajo de campo. Desde ese preciso momento sabía que las condiciones de trabajo supeditadas al control y apoderamiento del territorio por parte de los capataces, limitaban mi efectivo y pasivo desenvolvimiento con los trabajadores, puesto que la distancia con el objeto ya no respondía a una cuestión reflexiva metodológica sino a una cuestión ética impuesta desde afuera para el juego etnográfico.

Segundo, la prueba de mi desempeño, desde la posición con la que encaraba mi investigación perdió todo sentido de objetividad al toparme con las circunstancias de vida más palpables de los trabajadores, las que no figuraban en una guía de preguntas, pero que si eran esperables por las características que definían mi espacio de trabajo[4]

La relación negociada de antemano, luego aceptada por los trabajadores, lejos de poner distancia entre nosotros exigía acercarme aun más a ellos preservado sus derechos, sus confesiones que tan fielmente me habían sido otorgadas.

La situación me llevaba por instantes a abstraerme del contexto para comprenderlo, apartado de todo engranaje teórico-conceptual; y de este modo generar soluciones prácticas sin romper el compromiso inviolable a través de acciones que perjudiquen los intereses de todos los actores involucrados.

[4] En mi hipótesis de investigación las fincas tabacaleras no solo son consideradas espacios agrícolas de obtención de la materia prima - hojas de tabaco- para exportación o fabricación local de cigarrillos. Sino que constituyen los principales espacios de producción y reproducción social de la fuerza de trabajo de un territorio totalizador de las desigualdades estructurales y supeditadas a formaciones históricas económicas-estatales, estratégicas a la expansión capitalista.

Los relatos, simulación de entrevistas, replantearon ese rol. Las confesiones me proyectaron hacia un cambio paradigmático de la forma de ejercer la etnografía. Estaba claro que el territorio me "pertenecía" como objeto de análisis, pero la búsqueda de soluciones certeras no las podía encarar sola.

En mi yacía el poder de habilitar e integrar las personas especializadas para el manejo de la problemática, como a las víctimas del caso, y con aplicación de procedimientos adecuados -denuncias policiales, información a mujeres víctimas de violencia, inspección y denuncias ante organismos pertinentes- tomando los recaudos necesarios para no transgredir la responsabilidad ética asumida con los trabajadores.

Fue así que la entrada al territorio- en sentido figurativo- de un equipo conformando por tres personas- una trabajadora social y dos responsables de la red de mujeres agrícolas de la zona- pudieron brindar a las personas afectadas la información adecuadas, solventando las carencias y el desamparo de las mujeres.[5]. Sobre todo proporcionando los mecanismos adecuados para la erradicación parcial de la injusticia social.

El dispositivo de implicación ejecutado en la práctica de mi investigación afín a la participación de lleno como investigadora en la dinámica de las relaciones sociales, crearon epistemológicamente la posibilidad de quiebre con los procedimiento tradicionales del trabajo etnográfico. Posibilidad mediada por la actitud reflexiva y crítica en el proceder práctico y en interrelación contante con el objeto.

En síntesis, la interpretación de las confesiones de las mujeres- victimas de violencia de género, y el posterior involucramiento en los hechos dieron cuenta del paradigma del investigador e intelectual comprometido e involucrado con los problemas del presente.

[5] Por las razones expuestas, del compromiso con las partes involucradas en la negociación etnográfica, la asistencia a los casos fueron efectuadas en las afueras de la finca y a través de método cauteloso de acción. Ya que de otro modo hubiese sido imposible de acceder por la intervención de múltiples factores limitantes – prohibición en el ingreso, negación de los hechos, despidos, imposición de poder del patrón, entre otros. Esto no quita que el tema requiera de mayor compromiso y profundización en los territorios capaces de con el salvaguardar los derechos de los actores más vulnerables que componen todo el sector agrícola económico.

Desde la perspectiva de, Althabe G y Hernández V (2005: 72) sería, *la implicación por parte del investigador en el marco infranqueable de la producción de saberes*.

En lo personal, la articulación de la implicación con la reflexividad en los intercambios cotidianos ha constituido un aporte enriquecedor desde el marco interpretativo de la antropología, sumergida en contextos problemáticos, como de las repuestas acordes al ejercicio de nuestro oficio en el campo social.

Reflexiones finales

Este trabajo partió de comprender como las confesiones cuasi intimidatorias de un grupo de mujeres, penetraron el universo epistemológico del antropólogo, a modo de "secretos ocultos" sumergidos en las "experiencias" de campo.

¿Pero eran realmente esto?

Las circunstancias creadas en torno a los acontecimientos vividos en el campo social de mi investigación me situaron en una ilusa idea del trabajo de campo etnográfico, desde la intención de comprender los conceptos encubiertos que engalanaban los relatos confesionarios de las mujeres, como verdaderas categorías del analista, y desde un determinado modo de percepción de la cuestión empírica.

En realidad a mi modo de ver la construcción epistemológica montada alrededor de aquellas "experiencias", "confesiones", "secretos", confidencias", son en realidad la visión que del contexto tienen los otros, objetos de conocimiento, de su universo social.

Cuando adentré las fincas tabacaleras creía no desconocer ese contexto social, atravesado por carencias afectivas y actores vulnerables, funcionales a una economía de mercado. Fue el estado de inclusión en el desenlace etnográfico lo que dispuso un reto entre la observación en la participación y mi participación en la observación.

Para aquellos que cuestionamos *el mundo lejano* como escenario de investigación y los métodos tradicionales de la disciplina, estamos convencidos que si continuamos construyendo problemáticas actuales con los mismos dispositivos conceptuales como lo hacía la antropología de principios del siglo XIX seguimos estacados en la más obsoleta

forma de producir conocimiento, que aísla sistemáticamente categorías de sujetos como un universo social singular. Las técnicas concretas que nos llevan a aislar "automáticamente" problemas actuales.

Entonces pensar la investigación antropológica de los problemas actuales; entiéndase como universos que no requieren necesariamente del traslado del antropólogo hacia los lugares más remotos donde yace el objeto de estudio, para luego volcar en un diario de campo sus experiencias con el exotismo; ni tampoco dependen de las destrezas del investigador por mantener las distancia con el objeto, es alcanzar la transformación epistémica de las más obsoletas formas de producir conocimiento.

Del mismo modo, poner en práctica nuestra propia reflexividad supone la indagación profunda de la realidad humana y dentro de su contexto sociocultural. Lo que equivale a ejercer la comprensión del universo social de los otros, y la responsabilidad en la demanda de acción de los grupos, es satisfacer el bienestar de los grupos, y donde la etnografía ocupa un lugar privilegiado para alcanzar los propósitos hacia una antropología aplicada.

Finalmente, basta decir que el involucramiento colectivo de la ciencia en la asistencia de los problemas emergentes de los sujetos con los que estamos dispuestos a investigar, debe proveer además de la reflexividad de nuestros actos, el alcance a remediar problemas de índole político, social y donde carece la justicia social.

Bibliografía

-ALTHABE Gerard (1999). *Hacia una antropología del presente.* En F.G Shuster y. Althabe (comps), Antropología del presente. Editorial Buenos Aires.

-ALTHABE, Gérard y HERNÁNDEZ Valeria (2005). "Implicación y Reflexividad en Antropología" En: *Etnografías Globalizadas*, Hernández, Valeria,Cecilia Hidalgo y Adriana Stagnaro, (comps.), Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 71-99.

-BOURDIEU Pierre y Loïc Wacquant (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. -2a ed. Editores Siglo XXI. Buenos Aires Argentina

-BOURDIEU, Pierre (2001) *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona Anagrama. Caps. 1 a 3.

-GUBER Rosana (2001). *El trabajo de campo: un marco reflexivo para la interpretación de las técnicas*. En R. Guber (Ed), cap. 2. La Etnografía, Método, Campo y Reflexividad. 146p. Grupo Editorial, Norma, Bogotá.

-HIDALGO, Cecilia (2006) *Reflexividades*, Cuadernos de Antropología Social Nro 23. FFyLetras. UBA. Buenos Aires.

-HERNÁDEZ Valeria y SVAMPA Maristella (2007). En Gerard Althabe: entre varios mundos. Reflexividad, conocimiento y compromiso. Editorial Prometeo.